

La construcción del discurso de la crisis: Los desahuciados y El caso de Cristina Fallarás

Constructing the discourse of the crisis: Evictions and the case of Cristina Fallarás

María Angulo Egea

(Universidad de Zaragoza)

[mangulo@unizar.es]

<http://dx.doi.org/10.12795/IC.2017.i01.06>

E-ISSN: 2173-1071

IC - Revista Científica de Información y Comunicación
2017, 14, pp. 159 - 189

Resumen

Los discursos de austeridad y resignación persiguen a la sociedad Española desde antaño, pero en esta Gran Recesión, como se conoce a la crisis actual, la política económica de la austeridad y los recortes los han renovado para el siglo XXI. La vulnerabilidad de esta sociedad se materializa en espacios y cuerpos precarios que son los que nos representan hoy en día. Paisajes y figuras que se imponen en diversas narrativas y discursos periodísticos actuales. Este trabajo forma parte de un proyecto de investigación más amplio desde el que se analizan algunos de los discursos periodísticos españoles más significativos sobre la crisis española actual. Para esta investigación se atiende parcialmente a dos de los objetivos: 1) Reconocer las nuevas figuras sociales que ha originado o potenciado la crisis y atender a sus discursos. En este caso los desahuciados. 2) Reflexionar sobre las causas de estigmatización y de culpabilidad sociales que han surgido desde la crisis económica hacia diversos "otros", entre ellos los desahuciados.

Para ello, se lleva adelante un estudio de caso: el análisis narratológico del relato testimonial de la periodista Cristina Fallarás en *A la puta calle* (2013). Una crónica de su propio desahucio, publicada primeramente como una serie de crónicas en *elmundo.es*, y que aporta datos concretos sobre la mirada punitiva que desarrolla hacia *el otro* una sociedad como la española, desencantada y sometida a fuertes restricciones. Las estrategias y recursos narrativos derivados de la práctica del periodismo de inmersión son sus herramientas principales en la representación del sujeto y al tiempo objeto de la desahuciada que encarna.

Abstract

Austerity and resignation having a long-standing tradition in Spanish society, the current crisis, known as La Gran Recesión, has recently brought a new, XXIst Century version of said discourses,

Recibido: 01/08/2017

Aceptado: 19/09/2017

as a result of austerity politics and cutbacks. A suddenly vulnerable society composed of precarious spaces and bodies. Figures of precariousness and landscapes of financial pressure are nowadays the protagonists of many, diverse narratives and journalistic discourses.

his paper is part of a larger research project focusing on the most relevant journalistic discourses elaborated through the contemporary Spanish crisis. Our research pursues a double objective: 1) Identifying the new social figures originated by the crisis or enhanced by it, paying close attention to their circumstances. 2) Reflecting on the causes of social stigmatization and collective blame as suffered by "Others", most notably citizens who have experienced house eviction.

The former is articulated through a case study: a narratological analysis of the memoir provided by Cristina Fallarás' *A la puta calle* ("You're Outta Here", 2013). A chronicle of her own eviction, first published, serialized, at *elmundo.es*, her striking testimony emerged as a source of valuable information on the culture of blame as projected towards "the Other" by a disenchanted, impoverished Spanish society. Narrative strategies and tools provided by immersive journalism are instrumental to this representation of the subject and object of the evicted person.

Palabras clave

discursos de la crisis, periodismo encubierto, periodismo gonzo, crónica, periodismo literario, *A la puta calle*, Cristina Fallarás.

Keywords

writing the crisis, undercover journalism, gonzo journalism, chronicle, literary journalism, *A la puta calle*, Cristina Fallarás.

Sumario

1. Introducción
2. Objetivos y metodología
3. Castigar y culpabilizar al pobre: discursos del miedo
 - 3.1. Desahuciados: sin trabajo, sin casa, sin identidad y con culpa
4. Estudio de caso. Cristina Fallarás: una desahuciada que narra
 - 4.1. La crónica de un desahucio
5. Conclusiones
6. Bibliografía

Summary

1. Introduction
2. Objectives and methodology
3. Punishing and blaming the poor: the discourse of fear
 - 3.1. People facing eviction: no work, no house, no identity and being blame for
4. Case study: Cristina Fallaras, an evicted journalist who narrates her experience
 - 4.1. The chronicle of an eviction
5. Conclusions
6. Bibliography

1. Introducción¹

Los discursos de austeridad y resignación persiguen a la sociedad española desde antaño, pero en esta Gran Recesión, como se conoce a la crisis actual, la política económica de la austeridad y los recortes que impone el triunvirato formado por la **Comisión Europea** (CE), el **Banco Central Europeo** (BCE) y el **Fondo Monetario Internacional** (FMI) han renovado para el siglo XXI el manido discurso. “Austericidio” es el término que emplea Vicenç Navarro para referirse al planteamiento político social que anula la capacidad de demanda de la ciudadanía, que observa cómo merman sus salarios y cómo se destruye el bienestar y se ataca directamente a los principios democráticos (Navarro, 2015, pp. 118-120). Políticas de austeridad que desoyen la vulnerabilidad social y que se materializan en los espacios y los cuerpos precarios que nos representan hoy en día (Arribas & Gómez Villar, 2014).

Estas políticas “limitan, cuando no cercenan, las potencialidades de crecimiento y desarrollo, ya que dependen de una demanda y consumo interno a la baja, condicionada por el desempleo de masas y de larga duración, el subempleo, la creciente pobreza y las políticas gubernamentales de ortodoxia neoliberal empeñadas en la reducción del déficit público a toda costa” (Trabada, 2012, p. 173)². Políticas implementadas sobre los precarizados; y estigmatización y castigo sobre pobres y excluidos del sistema de mercado imperante (Wacquant, 2010).

Una figura social de las más identificadas con la crisis actual es la de los desahuciados. Los relatos mediáticos y políticos que se fueron

- 1 Este artículo es una investigación que forma parte de la tesis doctoral *Los discursos mediáticos de la crisis: escenarios, retratos y narraciones del desencanto (2008-2016)* dentro del Programa de Doctorado en Educación y Comunicación Social de la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Málaga bajo la dirección de Teodoro León Gross.
- 2 Durante la presente crisis se han aprobado varias medidas gubernamentales dirigidas a reducir el déficit público con fuerte impacto entre la población, primero con el Gobierno presidido por Zapatero (PSOE) y después por el de Rajoy (PP): recorte del salario de los empleados públicos de junio de 2010 y supresión de su paga extra de Navidad aprobada en julio de 2012, la reforma del sistema de pensiones (Ley 27/2011, de 1 de agosto), los recortes en el presupuesto público dedicado a educación y sanidad y el copago de los medicamentos (Real Decreto-ley 16/2012, de 20 de abril) o el duro recorte de 65.000 millones de euros en los presupuestos de 2012-13 aprobado por el Consejo de Ministros en julio del pasado año (Real Decreto-ley 20/2012, de 13 de julio), en el que se incluye la reducción de la prestación por desempleo desde el séptimo mes de cobro (del 60% al 50% de la base reguladora) (Trabada, 2012, p. 173).

construyendo sobre los desahuciados dan cuenta de la relevancia que adquirió esta figura en un momento dado para representar la crisis española (Real Morillo, 2014; Chavero, 2014; Feliu Albadalejo & Moltó Bereguer, 2016). La figura del desahuciado, de aquel que pierde su casa, resulta especialmente significativa en España por la “lógica propietaria” de la mentalidad de los españoles, de “invertir” en comprar una casa en lugar de apostar por el alquiler. El asentamiento de este régimen de tenencia en propiedad es el resultado de muchos años de políticas centradas en un modelo económico sustentado en lo inmobiliario. Pero no siempre había sido así. En 1950 el 51% de la población vivía de alquiler y la cifra superaba el 90% en grandes ciudades como Madrid y Barcelona (Colau & Alemany, 2012, p. 33). Durante las dos últimas décadas de la dictadura franquista, se optó por este modelo en propiedad como una garantía contra la inestabilidad social (Naredo & Montiel, 2011), que además fomentaba la acumulación y el arraigo. Ha sido una tarea de años potenciar la vivienda como un bien de cambio, en lugar de como un bien de uso, al tiempo que proyectar la imagen de éxito personal del propietario.

En 1957, José Luis Arrese, Ministro de Vivienda, presentó unas propuestas que pretendían hacer frente al chabolismo surgido tras la migración interna del campo a la ciudad, con un célebre discurso: “Queremos un país de propietarios, no de proletarios, dado que el hombre, cuando no tiene hogar, se apodera de la calle, y perseguido por su mal humor, se vuelve subversivo, agrio, violento...” (Colau & Alemany, 2012, p. 34)³. Lo cual tiene sentido porque quien tiene una propiedad, tiene algo que conservar, algo con que ocupar su tiempo, pero también tiene miedo de perderlo. Y esta es una medida de control social tan bien labrada que siguió resultando rentable en Democracia donde se continuó apostando por esta política sobre la vivienda: premiando la propiedad mediante ayudas fiscales (Angulo Egea, 2017a).

Aún más, la actividad constructora, en este último ciclo de crecimiento inmobiliario (1997-2007), se convirtió en una importante fuente de ingresos para

3 “Esta línea de acción no fue, sin embargo, una apuesta exclusiva de la dictadura franquista, ni se dio solo dentro de las fronteras de nuestro país. Transformar una sociedad de proletarios en una sociedad de propietarios también se convirtió en un objetivo político de la convulsa Inglaterra de Margaret Thatcher con el objetivo de desactivar las infulas revolucionarias de una clase obrera desafecta” (Colau & Alemany, 2012, p. 34). Una secuencia de película que ilustra esa política thatcherista: Stephen Frears, *Sammy y Rosie se lo montan* (secuencia inicial, con discurso de Thatcher en off).

las administraciones públicas⁴; para las entidades financieras, que facilitaban el crédito promotor y creaban filiales inmobiliarias; para los vendedores; y para los compradores, que nunca habían tenido más facilidades de acceso a un crédito barato⁵, en una situación prácticamente de pleno empleo, que empujaba a la compra de vivienda por vía hipotecaria, claro está, porque los precios de las casas eran prohibitivos (Jiménez & Fernández, 2014). Así que, tras la evidencia de la última burbuja inmobiliaria, con tanta población hipotecada a treinta y cuarenta años, el sometimiento a las exigencias del mercado, a los recortes y a la precariedad laboral se convirtieron parece que en la única opción viable. “Las medidas de austeridad (y con ellas, los recortes a las clases medias) se incrementan significativamente; en términos económicos, las consecuencias de las medidas tienen su reflejo en un crecimiento progresivo del desempleo y la disminución del poder adquisitivo (y, por tanto, de consumo y de ahorro) de las familias” (Chavero, 2014, p. 274). La pérdida del poder adquisitivo de las familias, sumado al alto precio de las viviendas, tiene como consecuencia social última de la crisis: los desahuciados.

Los relatos de vida de los desahuciados recogen en esencia los rasgos constitutivos del sistema social precarizado (Angulo Egea, 2017a). Un sistema que abandona a los ciudadanos que no logran conservar su empleo y vivienda, y que proyecta una mirada punitiva sobre el precarizado hasta excluirlo socialmente y culpabilizarlo por su fracaso. Si bien la clase precaria ha sido desahuciada en primer término, la clase media, aupada en períodos anteriores de bonanza, padece un desclasamiento doloroso y sufre el fracaso de la pérdida de expectativas. Esta crisis comenzó por los más desfavorecidos pero su magnitud y extensión ha afectado de un modo directo a la clase media que se está reduciendo con el retorno de la desigualdad a nuestras sociedades (Costas, 2015).

- 4 El urbanismo ha sido un medio seguro para las Comunidades Autónomas de obtener recursos. Planes urbanísticos sustentados en proyectos emblemáticos pensados para el crecimiento económico que han contado además con el apoyo de las entidades financieras de carácter público, las Cajas de ahorro que han ido respaldado estos proyectos independientemente de la rentabilidad (Jiménez & Fernández, 2014, pp. 146-147).
- 5 Que los créditos hipotecarios pasasen a ser el negocio principal para las entidades financieras derivó en un abandono de “buenas prácticas hipotecarias”, como que la cuota a pagar no se elevase por encima del umbral de un tercio de los ingresos del hogar endeudado, y que la cantidad económica del préstamo no superase el 80% del valor de tasación de la vivienda hipotecada (Trabada, 2012, p. 177).

2. Objetivos y metodología

Este artículo forma parte de un proyecto de investigación más amplio desde el que se analizan algunos de los discursos periodísticos españoles más significativos sobre la crisis española actual. Para este artículo atendemos parcialmente a dos de los objetivos propuestos en ese proyecto (Angulo Egea, 2017b): 1) Reflexionar sobre las causas de estigmatización y de culpabilidad sociales que han surgido desde la crisis económica hacia diversos “otros”, entre ellos los desahuciados. 2) Reconocer las nuevas figuras sociales que ha originado o potenciado la crisis y atender a sus discursos. En este caso los desahuciados.

En una investigación precedente (Angulo Egea, 2017a) el propósito fue el análisis de la representatividad de los desahucios y de los desahuciados en la sociedad española actual por medio del estudio de diversos discursos periodísticos. En ese trabajo se identifica, determina y consigna el relato de los desahuciados como epítome de los discursos de la crisis.

En esta ocasión, se realiza un estudio de caso: el de la periodista desahuciada Cristina Fallarás por medio del análisis narratológico de su singular relato testimonial de *A la puta calle* (2013). Una crónica de su propio desahucio, publicada por la periodista primeramente como una serie de crónicas en *elmundo.es*. Un testimonio que aporta datos concretos de la mirada punitiva que desarrolla hacia *el otro* una sociedad como la española, desencantada y sometida a fuertes restricciones.

En este trabajo señalamos las estrategias y recursos narrativos derivados de la práctica del periodismo encubierto o de inmersión y denuncia (López Hidalgo & Fernández Barrera, 2013; Angulo Egea, 2017c), con recursos extraídos del periodismo narrativo; en concreto del periodismo *gonzo*, por tratarse de un relato autobiográfico (Angulo Egea, 2011) que Fallarás emplea como herramientas principales en esta crónica para la representación del sujeto y al tiempo objeto de la desahuciada que encarna.

La periodista Cristina Fallarás (Zaragoza, 1968) fue redactora jefe de la edición catalana de *El Mundo*, trabajó en la *Cadena Ser*, *Radio Nacional de España*, *El Periódico de Cataluña*, *Antena 3 TV* y *Telecinco*. Fue cofundadora y subdirectora del diario *ADN*, medio del que fue despedida en 2008, en su octavo mes de embarazo, y desahuciada cuatro años después, en noviembre de 2012, porque al estar en el paro, no pudo afrontar la hipoteca contraída con el BBVA. Fruto de ese período de

2008 a 2012 surgió *A la puta calle*. En los últimos años, Fallarás ha participado en distintos programas televisivos como *La Sexta noche* (2013-2014) de *La Sexta*, *Un tiempo nuevo* (2014-2015) en *Telecinco*, *Las mañana de la Cuatro* (2013 hasta la actualidad), *Mad in Spain* (2017), en *Telecinco*, entre otros. En septiembre de 2016 fue nombrada directora de *Diario 16* (digital) pero en febrero de 2017 anunció su dimisión desde su cuenta de Twitter aduciendo que las condiciones laborales propuestas por la empresa editora resultaban inaceptables. En la actualidad, además de continuar como analista en programas de radio y televisión, colabora con la revista *CTXT* y el diario *Público*. Fallarás, además de periodista, es escritora y ha conseguido premios de relevancia por sus novelas.

A lo largo de este estudio se emplea además como una herramienta metodológica cualitativa la entrevista en profundidad semiestructurada (Taylor y Bogdan, 1992). Se entrevistó a la periodista Cristina Fallarás el 7 de mayo de 2017 en Madrid. El encuentro tuvo una duración de tres horas aproximadamente. Para esta entrevista se preparó un guión con temas a indagar: proceso de precarización laboral, proceso de desahucio, vinculación y convivencia con miembros de la Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH), estigmatización social derivada del desahucio y desempleo, proceso de redacción-creación de *A la puta calle*, recursos empleados para “contar el desahucio”, eficacia del relato en términos de repercusión social, relación de la crónica con la figura de la desahuciada que simbólicamente y performativamente también se representa con otras dos obras de ficción de Cristina Fallarás, la novela corta *Los últimos días en el Puesto del Este* (2011) y el monólogo teatral *La carne para los niños* (representado e interpretado por la periodista en el Ateneu Barcelonès, el 9 de enero de 2014). Tres formas discursivas, crónica, novela y pieza teatral, para contar, comprender y representar el drama del desahucio y su contexto. Sus comentarios y valoraciones en esta entrevista son relevantes para este estudio por su nivel de observación y de análisis, así como por la implicación en el proceso, tanto como intérprete, analista y comunicadora de un discurso en los medios de comunicación como por ser autora afectada directa por la ejecución de un desahucio.

Si bien en este estudio nos detenemos en la construcción narrativa de *A la puta calle* para delimitar el perfil del desahuciado/a, también se atiende someramente a sus dos narrativas de ficción, la novela y la pieza teatral para terminar de ahormar la reconstrucción del discurso de la madre desahuciada que representa la periodista Cristina Fallarás.

3. Castigar y culpabilizar al pobre: discursos del miedo

La crisis viene desestabilizando el modelo actual de protección social, de servicios sociales y de intervención social. Se han acentuado los “discursos del odio y del miedo”, y son numerosos los actores políticos que cuestionan la sostenibilidad del sistema de protección social, anclados en la ideología de la seguridad y la criminalización de la pobreza (Espeleta & Gómez-Quintero, 2014, p. 173). “Aporofobia” es el neologismo empleado por Cortina (2017) para definir “el rechazo, aversión, temor y desprecio hacia el pobre, al desamparado que, al menos en apariencia, no puede devolver nada bueno a cambio (...) Y por eso se le excluye de un mundo construido sobre el contrato político, económico y social, de ese mundo del dar y recibir, en el que solo pueden entrar los que parecen tener algo interesante que devolver como retorno” (2017, pp. 14-15).

¿Y por qué este enfoque y escalada punitiva en la sociedad? Wacquant (2010) entiende que esta era neoliberal lo que consigue es “castigar a los pobres”, al tiempo que sustituye lo que algunos entendían como un “Estado indulgente” por un “Estado penal”. La crisis ha puesto en peligro el Estado del bienestar y para su mantenimiento, los que no han quedado completamente marginados y excluidos, los que sólo han visto reducidos sus derechos y libertades, los que padecen condiciones precarizadas de vida (pero que aún “permanecen dentro” del sistema y han visto “caer fuera” gente de un entorno cercano), los que se denominan “clase media trabajadora”, y que aún confían en una “restauración”, consideran necesario un control de los bienes materiales (susceptibles de ser robados por los desfavorecidos), y de los inmateriales; asuntos de moralidad que la pobreza y la exclusión parecen poner en peligro. Esta supervisión requiere de un mayor grado de intrusión estatal y control punitivo. Y estas políticas punitivas, señala Wacquant (2010, p. 30), se sustentan en un discurso sobre la inseguridad que se transmite de un modo alarmista, incluso catastrófico:

acompañado de imágenes marciales y difundido hasta el hartazgo por los medios de comunicación comerciales, los principales partidos políticos y los profesionales del mantenimiento del orden (oficiales de policía, magistrados, juristas, expertos y comerciales de la seguridad urbana

que brindan servicios de asesoramiento, que rivalizan para proponer soluciones tan drásticas como simplistas).

Parece existir un consenso político, y entre la opinión pública de todas las clases, en la aplicación de medidas de control que limiten y condicionen los movimientos y conductas de la ciudadanía (García Ruiz, 2013). La construcción de sociedades basadas en la ideología de la seguridad y la criminalización de la pobreza han puesto en marcha un sistema que restringe libertades y derechos. Inmersos en este funcionamiento, se acepta criminalizar al pobre, a todo aquel que se haya convertido en “sospechoso” por un proceso de miedo inducido que obedece a intereses privados. Se alecciona en el miedo al diferente. La sociedad viene naturalizando unos métodos de control propios de estados de excepción (García Ruiz, 2013).

La ansiedad que ha causado la precarización laboral, además de otras crisis que se suman a la económica, como la paulatina descomposición de la familia patriarcal o de regímenes tradicionales de autoridad en las relaciones, ha provocado cuanto menos miedo. Una cultura del horror que se potencia en aras de un sometimiento interesado (Bericat Alastuey, 2005). La construcción social de los miedos acentúa la percepción de que “no hay salida”; promueve estigmatizaciones y quiebra la confianza en la esfera pública. “Los tiempos de miedo, aunque no se hable de represión ni parezca existir socialmente, resultan altamente conservadores. Se incorporan a la cotidianidad y naturalizan las prácticas represoras sin un ejecutor externo” (Entel, 2007, p. 107). Miedo sustentado por una suerte de Estado *neodarwinista* (Wacquant, 2010, pp. 34-35), que promueve la competencia y ensalza a los ganadores con la misma desmesura con la que vitupera a los perdedores por su carácter débil y su mala conducta. Las ciudadanías del miedo, acompañadas de Estados proclives a la privatización neoliberal, señala Entel (2007, pp. 111-112):

han fortalecido la presencia de oscuras formas de contención a la que muchos ciudadanos acuden, ya sea por el logro de los papeles si se es extranjero, para el empleo posible aunque esté en negro, para el trámite imposible ante la corrupción estatal, para zafar del enorme temor a la falta de elementos básicos para la supervivencia personal y familiar.

De este modo, la población tiende a resguardarse porque se extiende además la sospecha como mecanismo de funcionamiento que le permite a una mayoría eludir responsabilidades. “ (Bericat Alastuey, 2005). Una mayoría social que estigmatiza a ciertos grupos, los desempleados, los desahuciados, los emigrantes, los pobres, los mendigos, entre otros, en lugar de entender que el Estado benefactor se ha evaporado debido a la mala praxis de una clase política o/y dominante, que no ha sabido gestionar las necesidades de sus ciudadanos. Culpabilizar al “otro” es una vía de escape habitual para la angustia padecida durante la crisis económica (Entel, 2007).

La clase media trabajadora española ha visto durante este período de crisis frustradas sus expectativas de progreso social. En la preocupación por la subsistencia diaria, por lo coyuntural, por conseguir la inclusión duradera en la comunidad, trata de amainar el temor a la posible exclusión. El proceso de exclusión/inclusión activa los miedos y pone en jaque la condición de ciudadanía y el concepto de solidaridad tanto de los que están dentro del sistema como de los que se sienten fuera o han quedado verdaderamente excluidos. Bericat Alastuey (2005) habla de la cultura del horror inatada en la sociedad que ha ido paulatina convirtiéndose de centrípeta en centrífuga, motivada por el debilitamiento de aquellas fuerzas y valores que legitimaban un sistema. Y las fuerzas sociales centrífugas ponen en riesgo la identidad y la unidad del orden social. Por ello, el miedo a la transgresión toma fuerza en una sociedad centrífuga que trata de reforzar sus límites y de señalar con exactitud a los excluidos. La aversión a lo que se entiende por mal se asienta con fuerza para mantener el orden. “Ya que no somos capaces de ponernos de acuerdo para valorar modelos personales positivos e ideales, al menos nos ponemos de acuerdo para definir y despreciar modelos negativos y repelentes. Este es precisamnete el mecanismo con el que las sociedades centrífugas tratan de mantener un cierto sentido del orden y de la cohesión social” (Bericat Alastuey, 2005, pp. 84-85).

En la entrevista con la periodista Cristina Fallarás surgió este aspecto de la estigmatización, por un lado, de aquel que despedido no encuentra trabajo, del desahuciado, del precarizado; y se abordó la posibilidad de desarrollar en la ciudadanía un sentimiento de solidaridad tanto por parte de los “no precarizados” como por parte de los “desheredados”. Comenta la periodista:

Si todo esto se ha devastado, ¿a qué fin la solidaridad? No tengo nada más allá. Esto ha fallado. ¿Por qué debería sentirme solidaria? La idea de solidaridad es el peor activo contra la inteligencia. ¿Por qué debería yo a mediados de mi existencia pactar con un semejante para algo que no permanecerá? Porque la historia demuestra que no permanece. Lo cual, ya sé que tiene dos filos. Y entiendo que uno es profundamente fascista, que tiene un punto feo, feísimo y, sin embargo, lo contrario, alienta el pasar, la no lucha, el quedarse quieto. Mira, *Podemos* es lo máximo que ha surgido en la Europa del siglo XXI. La construcción de *Podemos* se basa en la solidaridad, y ese es su pie de barro para mí. No, no creo en absoluto en la solidaridad. Creo en el apoyo mutuo, en una construcción en común pero no solidaria. La idea de la solidaridad tiene que ver con la inmanencia, es trascendente. Pero sí creo en la lucha obrera. La lucha obrera es interesada. Creo en el interés. No creo en la bonhomía. La bondad es una idiotez como la copa de un pino. No creo en el altruismo. No creo en la generosidad. Creo en la lucha obrera, en un conjunto de personas que luchan individualmente por construir algo y todas tienen un mismo objetivo. Cuando perdimos eso de vista, lo perdimos todo.

Y recurre a un caso concreto, para explicar esta idea de lucha común en función de una suma de intereses a priori partidistas:

Nos sirve de ejemplo el feminismo actual. La ventaja del feminismo actual es la construcción de una narrativa individual. “A mí me ha pasado esto”. “Y a mí también”, “y a mí también”, “y a mí también”, “y a mí también”... La causa individual y de nuevo la lucha de un conjunto de intereses individualizados que va a buscar un fin común. No es por empatía. “Ay, a mí no me ha pasado pero... te quiero tanto que voy a echarte en la hucha un euro”. No, no hay solidaridad. No hay una empatía. Hay una lucha común porque nuestros intereses son los mismos. Y lo que ha

sucedido en el feminismo es maravilloso: la aparición del relato conjunto desde la individualidad. Y están cambiando leyes. La legislación sobre la violencia de género la está cambiando el relato de las mujeres que cuentan lo que les ha pasado. Algo que no existía como idea se convierte en derecho psicológico. “Es que a mí no me dejaban vestir así”. Y, de repente, la indumentaria se convierte en un eje legislativo y es una cosa revolucionaria. Eso está pasando ahora. Eso no viene de la solidaridad. No viene de la lucha empática. No, no viene de ahí, viene de “a mí también”, “a mí también”, “a mí también”, “a mí también”.... Y de ahí mi obsesión de siempre por contarlo.

Suma de relatos, de circunstancias, de individualidades, que ha generado en estos tiempos de crisis también narrativas sociopolíticas comunes, que responden a nuevas formas de sociabilidad, al restablecimiento de conductas asociacionistas, activistas y la recuperación de formas asamblearias de debate, que parecían de otras épocas (Feliu Albadalejo & Moltó Berenguer, 2016; Angulo Egea, 2017a). Han surgido durante la crisis (2008-2016) comunidades diversas y organizaciones de la sociedad civil que están alterando las reglas del juego. Entre estas fórmulas de actuación conjunta en España surge la Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH). Una asociación que ha permitido aglutinar testimonios, asesorar, proteger y “desculpabilizar” a los afectados, lograr una lucha colectiva que paraliza desahucios mientras se crea un espacio seguro y confiable (Colau & Alemany, 2012, pp. 93-101).

Sin embargo, la diversidad de medidas neoliberales están provocando desigualdades al tiempo que potencian un proceso de polarización que desemboca en una “sociedad dualizada” de clases burguesas (ricas) y obreras (pobres), los de *arriba* y los de *abajo*, donde el espacio social de las clases medias “se estrechará y será bastante ambivalente, con capas emergentes que podrán ir hacia arriba (las menos) pero, sobre todo, con capas vulnerables y precarizadas que se precipitarán hacia abajo (las más), tanto de la pequeña burguesía tradicional como de las clases medias” (Trabada, 2012, p. 173).

Cristina Fallarás ha pensado en este asunto de las clases sociales durante su último periplo vital desde su despido en 2008, pasando por el

desahucio en 2012, hasta el actual 2017 y ha llegado a la conclusión de que la clase media es una invención para aletargar a la clase baja y mantenerla desactivada. En sus palabras:

No es verdad que haya clase media. Existe una construcción de consumo para las clases bajas, para el proletariado en términos marxistas, que le hicieron creer en un *wannabe*, que le hicieron creer que había una posible ascensión social, una escalera, pero era mentira. Si tú analizas la historia de España desde 1900 hasta 2017 y coges los principales ejes económicos, financieros, políticos, teóricos, e incluso literarios, te vas a encontrar con las mismas familias. Es mentira que alguien haya ascendido. Es la mentira de la teoría del pobre que se ha hecho rico. Es el timo de tocomocho.

El mecanismo por el que el capitalismo de los ochenta con la construcción del consumo como eje de la sociedad desactiva la idea de la conciencia de clase. Cuando creas la idea de clase media desactivas la conciencia de clase. Porque si tienes conciencia de clase obrera, qué coño vas a aspirar a ser clase media. Y si tú crees que eres clase media qué vas a tener conciencia de clase obrera. Y desaparece el movimiento asociativo⁶.

3.1 Desahuciados: sin trabajo, sin casa, sin identidad y con culpa

Casi nada sucede por un único motivo, siempre se trata de una suma de factores. Sin embargo, la pérdida de empleo, la imposibilidad para ganarse un salario, o la reducción drástica del mismo, se considera una de las principales causas de riesgo de exclusión social, entre otros motivos porque lleva a las familias al desahucio (Angulo Egea, 2017a).

6 Son también declaraciones extraídas de la entrevista que realizamos a Cristina Fallarás el 7 de mayo de 2017 en Madrid. Siempre que no se especifique lo contrario, los comentarios de esta periodista que aparezcan en este trabajo pertenecen a esta conversación.

Si se pierde la posibilidad de trabajar, de “ganarse la vida” y obtener un “salario digno”, se pierde la dignidad. Por tanto, si se pierde el trabajo, se pierde casi todo y, por supuesto, la posibilidad de atender a las necesidades básicas de “techo y comida”. Necesidades que se consideran derechos en Europa y que de manera concreta quedan recogidos como tales en la Constitución Española del 78. Los ciudadanos están dispuestos a cumplir sus deberes con tal de que el Estado proteja sus derechos. Parece que el relato del Estado de Derecho ha quebrado, que esta es una sociedad “sin relato” (García Canclini, 2010). Al menos sin el relato de Estado moderno, benefactor e integrador de políticas de desarrollo económico, social, educativo y cultural, que supuestamente garantizaba el bienestar y protegía a sus ciudadanos. Estos le han pedido al Estado lo que en principio prometía: que, “en nombre del interés común, promoviera la distribución equitativa de los bienes materiales y simbólicos de toda la población” (García Canclini, 2010, p. 183). Pero las instituciones y políticas públicas no parecen atender al pacto social implícitamente acordado, “según el cual quien cumplía las reglas del juego conseguía la estabilidad; si uno trabajaba duro y cumplía su parte, la vida le iba a ir bien. La clase media creía que una buena formación intelectual abría puertas, y que la honradez y el trabajo eran las mejores cartas de presentación. Esto se acabó” (Estefanía, 2014) y la fractura social es un hecho.

En la entrevista con Fallarás se aprecia cómo se arraiga el sentimiento de exclusión social y cómo se siembra la desconfianza y el desprecio hacia la idea de ciudadanía, al tiempo que se naturaliza la concepción de un Estado corrupto y se instala la “sospecha” en la sociedad. Dice Fallarás:

Con mi hijo Lucas [14 años] el otro día veíamos una noticia: “Cataluña restituye los radares de las autopistas” y dijo: “Bueno, ya tendrán algún amigo que fabrica radares”. Él ya no contempla que un ejercicio político tenga que ver con el bien común, sino con la corrupción. Porque es tremendamente corrupto lo que nos ha pasado. Es lo contrario de lo culto. De lo que llamábamos civilización. Porque la cultura que consiste básicamente en un mínimo respeto por la estructura en teoría patriarcal y familiar que sostiene el país. Si eso lo rompes, se ha roto algo tremendo en nuestra sociedad. Y

nuestra generación no lo va a ver, pero la de mis hijos, sí. Yo veo a mis hijos. Los amigos de Lucas son tremendos. Lo que nosotros llamamos autoridad en el colegio. “¡Ojo! que llamarán a la guardia urbana”. “¡Ojo! que llamarán a la policía”. “El Ayuntamiento ha aprobado un bando para no hacer pis en la calle”. Este tipo de cosas. No solo se ríen de ellas, sino que las ven como una patochada, como algo que se ha impuesto para que una poca gente gane dinero.

En esta situación, la construcción identitaria se tambalea porque se ha cimentado sobre la retórica moderna del progreso que llega de la acumulación de riqueza, donde el trabajo se convierte en un eje central de esta doctrina (junto con la idea de seguridad vinculada a la protección de la propiedad privada). Discursos y mecanismos que garantizan el mantenimiento de la sociedad burguesa (Mendiola, 2014, p. 53). La “flexibilidad laboral” impuesta viene desafiando la profundidad y el arraigo con el que se entendía el trabajo (Sennet, 1998, pp. 103-104). Una ética del trabajo que generaba un “uso autorregulado del tiempo y el valor de la gratificación postergada”. “Trabajar duro y esperar”, esta era la consigna, “la experiencia psicológica de la profundidad” (Sennet, 1998, pp. 103-104). Pero las instituciones y empresas actuales no presentan unos mínimos rasgos de estabilidad para que ningún empleado encuentre que tiene sentido esa “postergación de la gratificación”, si fuera el caso, ni tampoco opciones de regular su tiempo. La precariedad de los empleos, la mayoría de las veces intermitentes, obliga a “una empleabilidad continua que, igualmente, culpabiliza al propio trabajador del fracaso” (Mendiola, 2014, p. 58). Con lo expuesto no parece descabellado afirmar que “la precariedad laboral es una de las disciplinas de nuestro tiempo, una de las columnas que sostiene la nueva economía” (Alonso & Fernández, 2009, p. 239. Cito por Mendiola, 2014, p. 58).

En la entrevista con Fallarás encontramos nuevamente reflejo de este desajuste identitario sobrevenido tras el proceso de despido y posterior desahucio en lucha con su construcción político-social feminista, dice la periodista:

El siguiente paso fue darme cuenta de que hay una ruptura de la identidad. De que yo había construido mi identidad,

como casi todas las mujeres de mi generación, ligado a lo laboral. “Estudia porque trabajarás, porque trabajar es feminista, porque a ti no te va a mantener un hombre y porque tu construcción feminista pasa por ‘ganarte la vida’. Y de repente te rompen eso y no es como si te rompen la fe católica. No es superstición sino que es construcción política. Lo laboral tiene que ver con la construcción política. Por eso, si te rompen lo laboral y lo laboral está ligado a lo identitario, te rompen la construcción política. Hay algo ahí en el pacto social, pero me remonto a Rousseau, que hace *crack* y se rompe. Y dices por qué debería pararme en los semáforos en rojo, por qué debería ser buena, por qué debo ser solidaria, por qué no puedo violar a tu hija, si me apetece. Por qué si dentro de un grupo social cuyo acuerdo es pactemos unas normas, que finalmente son como todas las normas, impuestas, en aras de techo y comida. Un grupo con un acuerdo que te garantiza que tendrás un habitáculo en el que subsistir, que es la diferencia con la tribu, y te garantiza que vas a alimentar a tus hijos. Y aceptados los pactos si tú no tienes cubiertas esas mínimas premisas, es que se rompe algo que a mí me ha convertido en una persona muy violenta. Que no soy violenta activamente, pero mi relación con la sociedad es tremendamente violenta. Violenta en el sentido de no pacto. De desprecio. Desprecio por lo social y, sobre todo, de desprecio y burla de la autoridad con el sentido más dieciochesco de la palabra. No contemplo el respeto.

Al tiempo que la identidad se desmorona, la pobreza y exclusión se instalan y la culpabilidad emerge con fuerza ante la conciencia del desahuciado. Una culpa y un desahucio que son femeninos. El hombre, tanto en el desahucio como en la culpa, es subsidiario. El desahucio forma parte de la idea de hogar, que es patriarcal. Por eso los relatos que mejor representan al desahuciado son eminentemente de mujeres/madres desahuciadas (Angulo Egea, 2017a). El desahucio interesa en tanto y cuanto destruye un eje familiar y económico. Eso es femenino. El hogar se cimenta sobre y desde la mujer. Por ello, el eje

sobre el cual se estructura el desahucio es la mujer. Y la culpa es, desde el prisma religioso judeocristiano en el que se desenvuelve la sociedad occidental, una cuestión femenina.

Fallarás va más allá en estas apreciaciones hasta afirmar que el hombre se borra de tal modo del relato de la desahuciada que incluso desaparece. Muchos de estos procesos terminan con “una familia *monomarental*: una madre con varios hijos”:

Porque lo peor no es el desahucio sino lo que viene después, cuando tu marido se va y desaparece. Desaparece absolutamente. Seguro que hay estadísticas a este respecto. Tras el desahucio aparece una familia monoparental cuyo eje es madre, mujer. Y es la mujer la que construye la culpa porque es la mujer la que además está acostumbrada a asumir la culpa histórica y cristianamente. Porque si no esa construcción no sería de culpa, sería marxista, sería laboral, es decir, sería económica. Cuando un hombre asume una culpa funciona y responde económicamente. Cuando una mujer asume una culpa, baja la cabeza, se la echa a la espalda, tira adelante y nada cambia. El desahucio es femenino y la culpa es femenina y no podemos olvidarnos de esto. Si asumes la culpa, “porque yo tengo que salir adelante”, no se revela que es un delito e-co-nó-mi-co y que tiene unos cauces ju-rí-di-cos desde los que actuar. Tú estás apartada de lo económico, apartada de lo jurídico históricamente y no lo hemos evitado.

4. Estudio de caso. Cristina Fallarás: una desahuciada que narra

En 2012 Fallarás fue contando el desahucio en *elmundo.es*, y en 2013 se publicó el libro, la crónica del mismo en primera persona: *A la puta calle*. Fallarás necesitaba dar datos, contar la precariedad, el empobrecimiento, porque cuando se llega a una situación de desahucio no

solo se pierde la casa. Sentía la obligación de contar; de denunciar porque, como periodista, confía en la fuerza del relato, en la suma de relatos que dan cuenta de lo que está sucediendo. La idea última de *A la puta calle* es que hubiera un relato sobre esta situación de crisis, sobre el proceso que lleva al desahucio y la precarización que supone. Un relato que diera paso a otros relatos.

En el ámbito periodístico la debacle ha sido muy grande. La crisis de los medios de comunicación que surgió tras la crisis del sistema económico, tuvo un impacto tan brutal en los medios como en el sector de la construcción. El cierre de periódicos en España, como en el resto de Europa y en Estados Unidos, dio lugar a miles de periodistas despedidos y a la puesta en marcha de un nuevo modelo de trabajo precario, como primera característica, y con nuevas exigencias profesionales. Había muchos casos de pauperización similares al de Fallarás. Se quedaron en la calle 12.200 periodistas entre 2008 y 2015, según en *Informe Anual de la Profesión Periodística* del año 2015 (APM). Lo que antes cubrían 16.000 periodistas pasaron a cubrirlo 4.000 y 12.200 se quedaron sin trabajo. Por ello, cuando Fallarás decidió contarlo, habló con varios periodistas amigos suyos:

Periodistas con nombres que podían haber hecho algo como lo que yo hacía. Que no es ni bueno ni malo, es lo que hay que hacer, porque hay que contarlo. Te has quedado en la calle, te has vuelto a casa de tus padres con tus hijos, te has separado de tu mujer, estás viviendo en África... Por lo menos a seis, a seis periodistas insistí. Ninguno de ellos se atrevió a contarlo. Nadie más lo ha contado. “Que si alguna vez la cosa se resuelve, no me querrán en ningún sitio”. ¿Qué quiere decir si la cosa se resuelve? No importa. Cuando tú no das ese paso ya no importa si la cosa se mejora. Porque si así fuera y tú no hubieras hecho algo, ya vas con debilidad y acatarás. Acatarás. Cuando tú no denuncias para que la cosa se mejore, si la cosa se mejora, es que estás dispuesto a acatar. Y acatar en el derecho a la información es mucho, mucho, mucho peor que la mentira. No. Es un daño moral. Es una quiebra moral.

Fallarás pierde su construcción identitaria y pasa de un modo esencialista en exclusividad a una “desahuciada” en *A la puta calle*. Pero “una desahuciada capaz de narrarlo por escrito”. Sin embargo, es consciente de que su “testimonio directo en primera persona resulta muy cómodo e impactante. Periodismo, por lo visto, de Santísima Trinidad, objeto, sujeto y análisis. Una y trina” (2013, p. 13). Considera que el desahucio tiene un relato y que no se está contando con propiedad. Los periodistas, los informadores, “tratan en vano de narrar la pobreza, los desahucios, el porqué de este o aquel suicidio. ¿Cómo podrían? Si no te han cortado el suministro de la luz, o del agua, o ambos, tu idea de la miseria es de plástico perfumado. Por eso yo ahora les sirvo. La desahuciada que narra” (p. 29). Más adelante prosigue: “resultado cómoda, insisto, porque el asunto de los desahucios tiene en España, en estos momentos, un problema narrativo. Fácil de entender. Quienes lo sufren no están preparados para narrarlo digamos periodísticamente. Y para los periodistas, o sea, personas que conservan su trabajo y por lo tanto un sueldo, resulta imposible describirlos con la veracidad suficiente. Quien no ha vivido la amenaza de perder un techo, normalmente con hijos, es incapaz de entenderla en su hondura, en toda su desesperación” (2013, p. 32).

Y regresa a la necesidad de denuncia: “Creo que todas estas cosas hay que contarlas, como los despidos de embarazadas, como las diferencias de salarios, como cualquier abuso. Creo que hacerlas públicas ayuda a que hayamos llegado al punto en el que estamos. Miserable, sí, pero punto al fin, con información circulando” (2013, p. 17). Esta crónica quiere antes que nada servir de testimonio y denunciar lo que está ocurriendo. Es periodismo de inmersión extrema en donde el sujeto el objeto se convierten en una misma realidad (Angulo Egea, 2017c) para narrar con fuerza y verdad las dificultades vitales y la debacle identitaria que se encuentran tras un desahucio que solo es el resultado de un proceso de precarización que se inicia mucho antes.

4.1. La crónica de un desahucio

En *A la puta calle* nos encontramos las técnicas narrativas desarrolladas por el periodismo encubierto y de denuncia inaugurado por reporteras como la norteamericana Nellie Bly con su *Diez días en un manicomio* (1887), secundado y armado por los *muckrakers* (Campos, 2015), y recuperado en estos tiempos de

crisis por la norteamericana Barbara Ehrenreich, con *Por cuatro duros. Cómo (no) apañárselas en Estados Unidos* (2014) y *Bait and Switch: The (Futile) Pursuit of the American Dream* (2006); la argentina Laura Meradi, con *Alta Rotación: El trabajo precario de los jóvenes* (2009); o la francesa Florence Aubenas, con *El muelle de Ouistreham* (2011). Todas ellas periodistas que convierten el camuflaje en una herramienta introspectiva y que arriesgan su salud física y emocional con una finalidad clara de denuncia social; y con el objetivo de retratar la precariedad y el sistema que la hace posible. Las crónicas de Ehrenreich, Meradi, Aubenas o Fallarás explicitan las estrategias de inmersión, los procesos de transformación personal, el viaje a los infiernos que son estos relatos de las desahuciadas del sistema (Angulo Egea, 2017c).

En *A la puta calle*, una crónica en primera persona, Fallarás cuenta su experiencia, y no es una infiltrada de hecho es la periodista la despedida y desahuciada. Se aproxima así al denominado periodismo *gonzo*, “patentado” por el norteamericano Hunter S. Thompson, donde el reportero es protagonista de la historia que narra también en primera persona, pero las situaciones que experimenta y provoca las realiza en calidad de quien es. No se disfraza, no adquiere una personalidad que no es la suya. Es un testimonio directo y en primera persona que da muestra de un empirismo vital y marginal propio de los procesos de inmersión que acoge el periodismo *gonzo* (Angulo Egea, 2011; López Hidalgo & Fernández, 2013).

El testimonio de esta periodista/escritora precarizada y desahuciada se asemeja, sin embargo, a la experiencia narrada de una infiltrada como Bly, Ehrenreich, Aubenas, Meradi. Este es un asunto complejo que enlaza el periodismo con lo *performativo*. Por una parte, la periodista “actúa como periodista” aun cuando incorpora un punto de vista subjetivo. Por otra, la experiencia del desclasamiento se formula, desde el punto de vista psicológico, como una cierta incapacidad de asumir del todo la situación. El precarizado y desahuciado *no se cree del todo la situación*, se siente víctima de un error⁷, hasta que no le queda otro remedio que asumirla. Los antihéroes de las narraciones

⁷ En cine: el protagonista de *Ladrón de bicicletas*, que no sabe comportarse como pobre (hace gastos superfluos, tiene delirios de clase). En *Nadie hablará de nosotras cuando hayamos muerto*, la escena en que la protagonista llega borracha a casa de su abuela (que sí es una “verdadera pobre”, y orgullosa de serlo) y le dice: “Yo no soy como usted. Yo no sé ser pobre”.

realistas suelen tener este rasgo. El desenlace de esas historias suele ser el momento en que el desclasado pierde la vergüenza, lo acaba de asumir y toma conciencia de clase. Una vez más, el circuito de la vergüenza y el orgullo se aprecia en el transcurso de *A la puta calle*.

Fallarás cuenta paso a paso desde que fue despedida del periódico *ADN* a finales de 2008 (embarazada de ocho meses de su segunda hija) hasta que le llega la orden de desahucio la tarde del 13 de noviembre de 2012. Esta crónica pone cara, voz y cuerpo a una desahuciada: ella misma. A lo largo de 156 páginas Fallarás describe cómo se produce el desmoronamiento, qué pasos llevan hasta esta situación y cómo afecta todo el proceso de desempleo y de desahucio a la vida, la familia y el entorno.

La periodista describe el proceso de precarización y desmoronamiento, o su caída desde lo alto del Monte Niesen, como ello lo denomina metafóricamente:

O sea que todo esto que voy a contar empieza el día que me despiden. Dicen los suizos que la escalera más larga del mundo es la que trepa el monte Niesen, un pico de 2.363 metros y forma piramidal. [...]

Bien, ahí están, casi tres kilómetros y medio de escalones. Ahora imagine que se encuentra en lo más alto de ese infierno, mirando hacia abajo y le dan una patada en los riñones. No una patada infantil, no la patadita de uno que sale de su coche porque le has rozado con la moto, ni siquiera la patada de un imbécil que se ha pasado con los tóxicos y busca bronca, sino la patada más huracanada de Bruce Lee en su mejor época. La madre de todas las patadas. PUM, en los riñones. En los momentos de crisis como la actual esa patada es el despido y, una vez la ha recibido, no dejará de rodar, canto a canto, filo a filo, hasta el suelo, allá lejísimos, unos once mil golpes más abajo, el suelo contra el que se da de bruces lo que queda de usted es el desahucio. Lo que queda de usted.

Sí, todo esto empieza el día que te despiden, chau, usted, ya no puede estar aquí, ni siquiera gratis, ni siquiera para fingir

que trabaja. Primero te despiden. A la puta calle UNO. Luego te comes el paro. Luego te meriendas los ahorros. Luego te cortan los suministros y te desahucian. Ñam, ñam, ñam. A la puta calle DOS (2013, p. 21).

“Un desahucio es un camino largo, muy largo”. Un camino por el que se pasa por todos los estados de ánimo posibles. Sentimientos de odio, violencia, rabia, dolor, culpa, “desprecio hacia una misma” (p. 48), relata Fallarás.

La crónica cuenta cómo trata de sobrevivir, cómo “sigue pedaleando”: escribe novelas, hace reportajes publicitarios para *La Vanguardia*, crea la plataforma cultural *Sigueleyendo*, consigue un trabajo puntual como redactora jefe en la revista *Factual* que dirigiera Arcadi Espada, que tan solo duró 6 meses, asiste a tertulias televisivas y radiofónicas, y asume la precariedad del trabajo “autónomo y emprendedor” que se ha instalado en tantos ámbitos y de un modo flagrante en el periodismo. “Las colaboraciones que se consiguen son una mierda *king size*” (Fallarás, 2014, p. 65).

La periodista narra, cuenta, pero también argumenta y en su discurrir se apoya mucho en el sentido y en el uso de los términos. Se para en expresiones como “ganarse la vida”. De golpe, cae en la cuenta: la vida hay que ganársela. El texto avanza a golpe de revelaciones, de ideas que materializa con palabras, términos, frases hechas, que parecen adquirir un potencial sentido de autodestrucción. Palabras sencillas, expresiones de siempre, cotidianas que le estallan. Una suerte de verdades que se imponen. A partir de estas evidencias semánticas, de estos axiomas, narra y argumenta.

La riqueza de este tipo de reportajes de inmersión, escritos en una *narrativa sencilla y sin barnices*, subyace en la fuerza de lo que se denuncia, y en el poder de lo testimonial. En especial, como es el caso, si se trata de experiencias extremas vividas en primera persona. Lo importante es que lo que se relate esté muy claro; que no quepan dudas de lo que se denuncia (Angulo Egea, 2017c).

Esta gramática sencilla y directa se sustenta en:

1. la descripción minuciosa del proceso de inmersión de la protagonista;
2. el retrato exhaustivo del contexto;

3. la semejanza de algunas personas implicadas;
4. la narración de sucesos
5. la reproducción de pequeños diálogos que permitan la exposición de declaraciones y de testimonios,
6. la argumentación o valoración sobre lo que sucede y se narra.

Fallarás habla de una dualidad vital y lingüística. Una dualidad de discursos enfrentados. El discurso económico-financiero, con su lenguaje economicista, que enarbolan “Ustedes”, con términos como prima de riesgo, rentabilidad del bono, diferencial en máximos, *spread* y *bund*, fondos de inversión... Lenguaje vacío, teórico, abstracto, de políticas. Y el lenguaje o discurso del “Nosotros”. Un lenguaje icónico, metonímico, de acciones y de objetos que representan estas acciones, de olores, sabores, sonidos, tacto, un lenguaje concreto como el de: la madre encogida en la cocina ante la enésima patata, la llamada amenazante de la voz en el contestador del móvil del hombre del banco, la visión del operario de la luz tras la mirilla de la puerta que amenaza con dejarnos a oscuras, el jabón de sebo en pastilla, la leche alargada con agua, el agujero en la camiseta. Dos lenguajes, dos mundos que separa y enfrenta para mostrar con sencillez los dos extremos sociales.

Fallarás presenta un país dividido. Arriba, temerosos, regidos por la cultura del miedo a caer, están los que han sobrevivido mal que bien a la debacle absoluta. Con sus “limaduras del bienestar”: recortes en sanidad, en derechos adquiridos por las mujeres, supresión de pagas, bajada de sueldos... (p. 28) Abajo, los miserables, “bañados en culpa”. “Cuando un ser humano no sabe por qué le ocurre una desgracia a qué atribuirle, tiende a pensar que ha hecho algo para merecerla” (p. 27) “Y quién sabe si ese solo pensamiento ya le hace merecedor de los golpes que reciba”. Fallarás comenta que escribe “desde abajo, desde la mitad desplomada” (p. 28).

“Te puede pasar lo mismo”. La narración de este desahucio, de este proceso de hundimiento en la miseria se presenta como un asunto que puede afectarle a cualquiera. Esta crisis ha pasado de tocarles a “los más

desfavorecidos” a tocarles también a quienes se denominan “clase media profesional”. Subraya la periodista en un momento dado.

La estructura narrativa pasa en muchas ocasiones por el empleo de la segunda persona. Como en un discurso consigo misma al otro lado del espejo. Ese otro que es también el lector, que se siente apelado por ese tú, inclusivo, que entiende como propio. Es un desdoble eficaz para la denuncia, sin resultar agresivo y sin moralizar, porque la periodista habla desde su yo.

Esta crónica habla de la crisis española, del desmoronamiento político y social, de los despidos. La periodista se pone como ejemplo, como epítome de mujer despedida en pleno embarazo y desahuciada. Una mujer de clase media, que sufre un proceso de empobrecimiento tras su despido y paro prolongado y que termina sintiéndose una madre culpable:

y tuve la sensación de haber sido muy tonta, la mujer más tonta de la tierra, y cayó sobre mí toda la culpa que había ido acumulando durante cuatro años de caída. Sabía que estaba muy cerca la orden de desahucio, que llegó a la semana siguiente. Pensé que cuando una tiene hijos debe hacerse responsable de su bienestar y que yo no había cumplido con eso (2013, p. 55).

El capítulo titulado “Esto no es un espectáculo y ¿qué le pasa a mi cabeza?” (pp. 115-118) es también significativo. Señala: “Cuando llevas tiempo sabiendo que te despeñas, que vas de cabez al desahucio, no te quitas de la mente la posibilidad de vivir al raso, de dormir al raso” (pp. 115-116). Y es desde este lugar, desde donde se enfrenta a un turista que se dispone a hacerle una foto a un vagabundo. Porque la periodista se identifica con el desahuciado y le chilla al turista “¿pero qué estás haciendo?” (...) “¿Te crees que esto es una atracción de feria? ¿Te crees que es un monumento? ¿Te parece la Sagrada Familia? ¿Te parece pintoresco? ¡Joder, es un hombre, un ser humano, no el parque Güell?” (p. 117).

Por otro lado, Fallarás describe bien su proceso de desclasamineto y cómo sus conocidos, colegas, amistades y familiares le culpabilizan y afean su conducta de diferentes maneras. Comenta:

Pero el año CUATRO es aquel en el que aprendes a quedarte en la parte de abajo: ése es tu sitio y arriba molestan. Manchas. Tú aún recuerdas cómo era aquello, cómo se vivía, se comía, se paseaba o se bebía, y te gusta transitarlo como si. ¿Como si qué? Pero es evidente, y es evidente TODO EL RATO, que a ellos no les gusta que te traigas contigo el abajo, la mancha. Como mucho, te aceptarán convertida en animal de feria y, mientras fingen hablarte, podrás leer sobre sus rostros que ya no tienen mucho que ver contigo.

_Cristina, es que parece que nos haces culpables a los que no estamos como tú.

Manchas. Es eso. Eres una pesadez y manchas (p. 128).

Poco más adelante:

Sucede un poco más tarde de la una de la mañana aquella en la que un conocido con la birra en la mano te afea estar convirtiendo tu pobreza en un discurso único.

Define “pobreza”

Define “discurso único”

Define “manchar”

Define “exclusión”

Bajo todas esas definiciones indefinidas caracolean la incredulidad _ “No será para tanto”_ y una pregunta que está en la base de la exasperante lentitud con la que todo esto ha avanzado: “Y si eres tan pobre, ¿por qué no se nota?” (p. 129).

La periodista buscó otras fórmulas narrativas, además de la crónica para explicarse a sí misma el proceso que estaba viviendo desde que en 2008 la despidieron del diario ADN hasta que la desahucieron en noviembre de 2012. Recurrió también al género novela y a una pieza teatral que tratan de reconstruir de otro modo la realidad del desahuciado. Estas tres narrativas se complementan y producen el discurso paradigmático de una desahuciada de

clase media. Tres escrituras que tuvieron en primera instancia, como cuenta Fallarás en la crónica, una función alimenticia. La periodista con su principal herramienta de trabajo, la palabra, trataba de mantenerse a flote y dar de comer a su familia. Fallarás quería relatar la devastación identitaria que padecía y para ello empleó la ficción, el periodismo y la performance.

Escribió *Últimos días en el Puesto del Este* (2011) que presentó al premio de novela corta Ciudad de Barbastro, que ganó, una vez más con la finalidad pecuniaria ya comentada. La idea básica de esta novela está en la siguiente premisa: “Si tu sítias a un grupo humano, no hace falta que lo mates, ellos se devorarán entre ellos”, comentaba la periodista en la entrevista que mantuvimos. Esa idea, que Fallarás no deja de verla continuamente en la sociedad española actual, tiene un paso más, afirmaba, que es: “muera la solidaridad”. En la novela, la construcción del personaje de “la Polaca”, una metáfora gigante, esta madre con dos hijos como la propia periodista, es para Fallarás complejísima porque le enfrenta a su condición de mujer y también le enfrenta a la muerte. “Si todo esto se ha devastado, a qué fin la solidaridad si voy hacia la muerte. No confío en que haya ninguna vida y no podría dejar a mis hijos en un mundo bestial. No tengo nada más allá. Esto ha fallado. ¿Por qué yo debería sentirme solidaria?” Fallarás muestra un mundo soñado como pesadilla, una suerte de alegoría de lo que sucede, un lugar indeterminado en el que se suceden imágenes y diálogos apocalípticos. El comienzo de la novela ya recoge la esencia del tono de amenaza y asedio que acompañan a una madre sola y a sus dos hijos:

Arrecia el frío y aquí, en el Puesto del Este, empiezan a escasear las vituallas. Nueve meses de sitio son mucho tiempo. Ellos siguen ahí afuera, ya casi nunca se les oye, pero podemos sentir su tensión y oímos también las patas de sus perros, las uñas contra la piedra. Su silencio es casi peor que lo otro. El capitán partió a buscar algo, solo eso, algo. Salió sin despedirse para no romper esto que llamamos equilibrio y que solo es una representación a punto de romperse. Su ausencia resta ánimos a la tropa. Afortunadamente, están los niños y eso nos obliga a mantener el ánimo (2011, p. 15).

Y finalmente vino el monólogo dramático *La carne para los niños* (2014). Un relato duro e instalado en el patetismo, que muestra a una mujer desvencijada y expuesta, según cuenta la periodista:

Es imprescindible resultar patética. No puedes aspirar a la divinidad, debes aspirar al patetismo. Cuando representas la devastación debe doler. Debe doler oírte. Y esa construcción teatral estaba montada para molestar. Para que aquél que me oyera se sintiera incómodo por el patetismo de la figura que lo cuenta desnuda.

La pieza dramática no está publicada. Recoge y recompone fragmentos de *Últimos días en el Puesto del Este*. Lo interesante es el carácter *performativo* de esta acción, de este drama que encarna la periodista. El teatro como una herramienta de convicción política. La práctica teatral convertida en un agente de cambio ontológico, en un instrumento de lucha (Alvarado & Álvarez, 2016). Fallarás se sube al escenario y pone el cuerpo a esta mujer sitiada y desahuciada que es ella misma⁸.

5. Conclusiones

Esta investigación nos ha permitido ahondar en la situación de crisis actual. Y detenernos en algunos de los planteamientos políticos que están mermando la capacidad de reacción de la ciudadanía. Unos ciudadanos cada vez más vulnerables y empobrecidos. Ciudadanos que participan de los diversos discursos del miedo y que al tiempo que se sienten culpables de sus supuestos fracasos colaboran en culpabilizar a los otros, esos que han quedado fuera del sistema en este proceso de crisis, que han sido excluidos. Se nos muestra así una sociedad precarizada que “castiga al pobre” en una huida hacia adelante, en el intento de mantenerse a salvo. Un pobre que encarna de manera singular en estos tiempos la figura del desahuciado. Porque representa los resultados

8 La representación de *La carne para los niños*, realizada en el Ateneu Barcelonès, el 9 de enero de 2014, puede verse en <http://www.ateneubcn.org/agenda/carne-para-los-ninos>

catastróficos de las políticas inmobiliarias precedentes que desencadenaron primero la crisis financiera y posteriormente una crisis global.

Al investigar el perfil y el discurso generalizado que representa a los desahuciados en diversos estudios sociológicos y relatos periodísticos (Angulo Egea, 2017a), detectamos la relevancia y singularidad de un testimonio como el que supone *A la puta calle*, la crónica en primera persona de Cristina Fallarás. Por ello era necesario llevar adelante un estudio de caso como el realizado que nos ha permitido terminar de configurar el discurso del desahuciado que venimos trabajando, en concreto el de una desahuciada de la supuesta “clase media trabajadora”. El relato de Fallarás pone de relieve asuntos destacados de este perfil como es la vinculación del desahucio con la pérdida de empleo, situación que con la crisis se convierte en un estado permanente que termina no solo con la pérdida de la casa sino con una fuerte crisis de identidad al tiempo que se materializa el proceso de empobrecimiento y de exclusión social, ante la imposibilidad de mantener una “vida pública”, de relaciones familiares, con amigos y colegas. Una situación que culpabiliza al que la padece y que viene representada por una mujer/madre desahuciada, como es el caso de la propia periodista.

Fallarás empleó tres narrativas diferentes para dar cuenta de su situación de precariedad y desahucio: una novela, una crónica periodística y una pieza teatral. Profundiza en diversos aspectos con cada obra para terminar de reconstruir el proceso y los sentimientos que acompañan a esta desahuciada. En concreto para la crónica se sirve de los recursos del periodismo de inmersión y encubierto que desarrollaron algunos periodistas *muckrakers* en sus procesos de investigación y denuncia. El relato testimonial en primera persona, la descripción paulatina de su caída, de su proceso de precarización y desahucio, y el carácter de denuncia sitúa esta crónica dentro de esta tradición narrativa que el periodismo más actual ha recuperado (Angulo Egea, 2017c).

6. Bibliografía

- Alvarado Castro, I. y Álvarez Barragan, G. (2016). La praxis teatral como herramienta política para la lucha subalterna. Un enfoque antropológico. *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, 47(1). http://dx.doi.org/10.5209/rev_NOMA.2016.v47.n1.52402

- **Angulo Egea, M.** (2011). De las Vegas a Marina D'or. O como llegar desde el New Journalism norteamericano de Hunter S. Thompson hasta la nueva narrativa española de Robert Juan Cantavella. *Olivar*, 12, 111-138.
- (2017a). La construcción del discurso de la crisis: Los desahuciados. Análisis de relatos y semblanzas periodísticas (2012-2015). *Perspectivas de la Comunicación* (en prensa).
- (2017b). El cielo enladrillado. Paisajes y figuras de la crisis española (2008-2016). Discursos y narrativas de no ficción actuales. En *Crisis, comunicación y crítica política*, Ecuador: CIESPAL (en prensa).
- (2017c). *Inmersiones. Crónica de viaje y periodismo encubierto*. Barcelona: Universidad de Barcelona.
- **Arribas, S. y Gómez Villar, A.** (eds.). (2014). *Vidas dañadas. Precariedad y vulnerabilidad en la era de la austeridad*. Barcelona: Artefacte.
- **Bericat Alastuey, E.** (2005). La cultura del horror en las sociedades avanzadas. De la sociedad centrípeta a la sociedad centrífuga. *Revista española de investigaciones sociológicas, Reis*, 110, 53-89.
- **Campos, V.** (2015). *¡Extra, extra! Muckrakers. Orígenes del periodismo de denuncia*. Barcelona: Ariel.
- **Chavero, P.** (2014). Los desahucios en la prensa española: distintos relatos sobre los asuntos públicos. *Cuadernos de Información y Comunicación* 19, 271-284.
- **Colau, A. y Alemany, A.** (2012). *Vidas hipotecadas*. Barcelona: Cuadrilátero de Libros.
- **Cortina Orts, A.** (2017). *Aporofobia, el rechazo al pobre. Un desafío para la democracia*. Madrid: Paidós.
- **Costas, A.** (25/03/2015). El malestar de las clases medias. *La Vanguardia*.
- **Entel, A.** (2007). *La ciudad y sus miedos: la pasión restauradora*. Buenos Aires: La Crujía ediciones.

- Espeleta Fernández, N. y Gómez Quintero, J. D. (2014). Paradojas en el estudio y la intervención de la pobreza y la exclusión. *Documentación Social*, 173, 163-188.
- Estefanía, J. (25/11/2014). La clase media ya no es la burguesía. *El País*. Disponible en: http://cultura.elpais.com/cultura/2014/11/20/babelia/1416489741_282230.html
- Feliu Albadalejo, Á. y Moltó Berenguer, C. (2016). Los movimientos sociales en las agendas mediática y política en España: el caso de la PAH. *OBETS. Revista de Ciencias Sociales*, 11(1), 165-185.
- García Canclini, N. (2010). *La sociedad sin relato. Antropología y estética de la inminencia*. Buenos Aires: Katz Editores.
- García Ruíz, A. (2013) *La gobernanza del miedo. Ideología de la seguridad y criminalización de la pobreza*. Barcelona: Proteus.
- Fallarás, C. (2014). *La carne para los niños*, representación teatral. Disponible en: <http://www.ateneubcn.org/agenda/carne-para-los-ninos>
- (2013). *A la puta calle. Crónica de un desahucio*. Barcelona: Planeta
- (2011). *Últimos días en el Puesto del Este*. Barcelona: DVD Ediciones.
- Jiménez Romera, C. y Fernández Ramírez, C. (2014). Casas sin gente, gente sin casas: el fracaso del modelo inmobiliario español. *Revista Invi*, 82(29),133-155.
- López Hidalgo, A. y Fernández Barrera, M^a Á. (2013). *Periodismo de inmersión para desenmascarar la realidad*. Salamanca: Comunicación Social.
- Mendiola, I. (2014). Vulnerabilidad, precariedad e inhabitabilidad: Imágenes para repensar la producción de vidas (in)visibles. En Sonia Arribas y Antonio Gómez Villar, *Vidas dañadas. Precariedad y vulnerabilidad en la era de la austeridad*. Barcelona: Artefakte, 45-75.
- Naredo, J. M. y Montiel, A. (2011). *El modelo inmobiliario español y su culminación en el caso valenciano*. Madrid: Icaria.

- Navarro, V. (2015). *Ataque a la democracia y al bienestar. Crítica al pensamiento económico dominante*. Barcelona: Anagrama.
- Sennet, R. (1998). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
- Taylor, S. J. y Bogdan, R. (1992). *Introducción a los métodos cualitativos*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Trabada Crende, E. (2012). El problema de la vivienda en una sociedad que se dualiza. *Documentación social*, 165, 165-188.
- Real Morillo, S. (2014). El problema de los desahucios en España. Análisis de ABC y Diagonal desde la Teoría del Framing. Trabajo de Fin de Grado en Periodismo. Universidad de Valladolid.
- Wacquant, L. (2010). *Castigar a los pobres. El gobierno neoliberal de la inseguridad social*. Barcelona: Gedisa.